

Programa:
“La fiesta del pensamiento”
Radio de la Universidad de Chile
Radio Universidad Santa María

Realización:
Cristóbal Holzapfel
Ciclo:
“El hombre como hacedor de mundo”

“La fiesta del pensamiento”
Realización: Cristóbal Holzapfel
Programa No. 318 para la Radio de la Universidad de Chile
Ciclo: Filosofía de la historia 1
Capítulo: El hombre como hacedor de mundo
Audición: martes 14 de mayo de 2002 a las 8,30 AM hrs.

Dentro de nuestro Programa “La fiesta del pensamiento” iniciamos hoy un nuevo Ciclo sobre “Filosofía de la historia”.

Partamos reconociendo lo inmenso del tema , como prácticamente todos los temas de la filosofía. Más encima en este caso particular, estamos ante una de las disciplinas de la filosofía, la Filosofía de la Historia, así como hay otras, como por ejemplo: la Ética, la Lógica, y demás.

En este sentido, nuestro proyecto no puede ser tan ambicioso como pretender agotar el tema. Esto sería desmesurado y rayano en lo ufano e incluso completamente ilusorio.

Hay quienes dedican una vida entera a un tema como éste y al momento de morir quedan con la sensación de estar recién en los albores de su búsqueda.

En este sentido, nuestro propósito no puede ser sino muy modesto, y tiene que ser visto nada más que como unos pasos que daremos en la entrada a este bosque infinito de la filosofía de la historia.

Mas, en toda búsqueda hay siempre una motivación, una inquietud. ¿En qué consistiría ella en este caso?

Diría que ella está suscitada por el asombro ante el espectáculo impresionante del acontecer histórico: sus ascensos y descensos, sus golpes y sorpresas, sus bruscos cambios y remansos, sus logros y fracasos, sus conquistas y derrotas, y junto con ello, el secreto nudo de ese acontecer, como sus imperceptibles vínculos con la vida cotidiana de los hombres y sus vidas en el trabajo, en la familia, en calles y plazas.

P 1

Digamos relativamente a ello, y adelantando de este modo lo que indagaremos más adelante: si bien todo hacer y dejar de hacer humano ingresa indirectamente en el decurso histórico, sin embargo, no todo hacer y dejar de hacer de los hombres es capaz de torcer el rumbo del acontecer histórico.

Y con ello entramos de lleno en una cuestión asaz sugerente, que la podemos concebir en términos geométricos, y que se expresaría de la siguiente manera: lo que constituye la rutina que los hombres hacen a diario contribuye a reforzar y reafirmar el rumbo lineal, y más precisamente recto, que ya sigue el acontecer, que en este caso, semeja un *ajetreo* histórico.

Tiene que haber un ángulo en esa línea o al menos una brusca o siquiera suave curvatura para que ese ajetreo histórico deje de ser tal y sea propiamente un *acontecer*, pero un acontecer tal suscitado entonces precisamente por un *acontecimiento* que tuerce el rumbo histórico seguido hasta ahora, y ello puede ser el descubrimiento de un continente, una invasión, una guerra, el despertar de una nueva religión, y otros.

P 2

En contraste con ello, la naturaleza es cíclica, y está determinada por un eterno retorno de las órbitas de los astros, del día y la noche, de las estaciones

del año, del régimen de lluvias, de calor y frío, de las mareas, del nacimiento y la muerte.

Y si decimos esto último – nacimiento y muerte -, decimos lo que ya pensara Anaximandro en el legado más antiguo de la filosofía occidental: el llegar a ser (génesis) y dejar de ser (fitorá) de todas las cosas, como que todo, absolutamente todo, está aquí por un tiempo para después no estar más. Todo lo que pasa a ser un individuo sobre la faz del ser y del universo habrá posteriormente de desvanecerse de manera irrevocable.

En este sentido, Baudrillard tiene toda la razón cuando habla del “mundo real” como compuesto de cacharros. Podríamos decir que todo está aquí para después corromperse, pudrirse y convertirse en chatarra.

P 3

Esto nos hace ver que ontológicamente hay una prevalencia absoluta e incuestionable de lo que podemos llamar el *continuum* en el que, no obstante destacan infinitas *discontinuidades*, y, sin embargo, ellas son nada más que pasajeros en tránsito. Una silla, un plato, un árbol, pero también un río, un lago, y hasta nuestro planeta, las estrellas y galaxias están nada más que momentáneamente allí, no obstante el ver lo “momentáneo” de una galaxia sea una experiencia únicamente para un posible dios que contempla aquello.

El ver el hacerse de las nubes, adoptando distintas figuras que semejan un gato, un rey con corona, una sirena, un monje arrodillado, para después convertirse en otras figuras, y finalmente desvanecerse, constituye una experiencia que particularmente nos enseña acerca de nuestra futilidad y la de todo. Es lo que tiene que ver con aquel pensamiento de Shakespeare de que estamos hechos con la misma materia de los sueños, y que corresponde a la intuición probablemente más esencial que se plasma a lo largo de toda su obra.

P 4

Ahora bien, si ontológicamente lo que prima en términos absolutos es la ciclicidad y ella verdaderamente enseña su fuerza arrolladora y abismal y que nada ni nadie puede resistir al ciclo del incesante nacer y morir, y si a la historia la caracteriza una linealidad, dominada si bien no directamente por un progreso cada vez alcanzado, si, al menos por el anhelo de ese progreso, podemos advertir que el acontecer histórico no se da simplemente al modo del incansable y monótono camino rectilíneo, sino que cada ciertos tramos aparecen aristas y ángulos, bruscas o suaves curvaturas.

Pero constatamos no solamente estas aristas y curvaturas, sino que esta quebrada linealidad histórica tiende a ser también cíclica, por mucho que pretenda sustraerse a ello. En efecto, ya Platón y Aristóteles plantean una ciclicidad en el acontecer histórico-político, constatando que hay formas de gobierno que suscitan otras y estas nuevamente otras, y después de pasar por muchas etapas, se vuelve a las primeras, para reiniciar el ciclo.

Mas, ni siquiera es necesario el ejemplo de los pensadores helenos. Basta simplemente echar una mirada de sobrevuelo por la historia de la humanidad para constatar que hay fenómenos como el auge y caída de imperios, la paz y la guerra, las reformas y revoluciones que se repiten sin freno.

P 5

Vistas las cosas de esta manera, es probable que en el universo haya sólo grados de ciclicidad, que serían los siguientes:

1. Cuanto más cercano a lo macrocósmico sea el ámbito al que nos referimos, como lo astronómico, por ejemplo, la ciclicidad casi equivale a la circularidad, dándose en ello que los astros recorren matemática y soberanamente sus mismas órbitas.

2. Que sorprendentemente se cumple también que cuanto más cercano estemos al ámbito propiamente microcósmico, pero más específicamente, en el orden de la vida de lo genético, y además de lo molecular y atómico, igual se cumple que lo cíclico casi se iguala con una circularidad.

En este sentido, los extremos hacia lo grande y lo pequeño se unen, lo que nos recuerda el pensamiento de Leibniz de la mónada como un espejo del universo

3. Que lo que ocurre al interior de nuestro planeta, como de otros posibles astros similares al nuestro, corresponde a una ciclicidad al modo de una espiral, en la cual hay repetición y “eterno retorno”, pero no “de lo mismo” (como lo pensara Nietzsche).

4. Que aún en el ámbito humano hay la determinación de esta ciclicidad, al modo de una espiral, pero cuyas vueltas son amplias y erráticas, y que pareciendo a ratos que se alejan indefinidamente como en un movimiento rectilíneo y uniformemente acelerado, al fin y cabo se cumple que se curvan y retornan al eje de la espiral.

Mas, aunque haya a fin de cuentas esta singular ciclicidad en el acontecer histórico, que la acerca al devenir de la naturaleza, de historia hablamos en sentido propio únicamente de lo concerniente a lo humano y sus realizaciones.

Sin embargo, lo anterior merece todavía una subsecuente precisión, por cuanto parte de lo humano es también nuestro cuerpo, y éste en cuanto tal, con sus procesos de metabolismo, digestión, vigilia y sueño, crecimiento y decrecimiento, salud y enfermedad, pulsación del corazón, ingestión y eliminación, y, en definitiva, nacimiento y muerte, como todos los otros “cacharros reales”, está afecto a la ciclicidad natural.

Es pues lo humano lo propiamente histórico, que, como podremos ver, debe entenderse como proyección y poder-ser, como un ser-posible asumido y que a partir de ello se juega en un mundo de posibilidades.

P 6

Dentro del Ciclo “Filosofía de la historia” continuamos el próximo martes a las 8 y media de la mañana con el tema “El hombre como hacedor de mundo”.

“La fiesta del pensamiento”
Realización: Cristóbal Holzapfel
Programa No. 319 para la Radio de la Universidad de Chile
Ciclo: Filosofía de la historia 2
Capítulo: El hombre como hacedor de mundo
Audición: martes 21 de mayo de 2002 a las 8,30 AM hrs.

Cuando hablamos de “filosofía de la historia”, el tema de nuestro actual Ciclo, estamos suponiendo que si el hombre es el gestor de la historia es porque su ser es proyección.

Con Jaspers y Heidegger corresponde sostener que el hombre es esencialmente poder-ser, posibilidad, pero posibilidad en cuanto a un ser-posible empuñado y asumido. Únicamente a partir de ello podemos optar por distintas posibilidades de hacer esto o lo otro.

Y así como el ser del hombre es proyección y ser-posible, es también libertad.

La historia propiamente tal es, desde esta perspectiva, historia de la libertad, historia de su despliegue y realizaciones.

Ahora bien, lo que conocemos como modernidad corresponde a un proceso de autoafirmación del hombre que se inicia con el *cogito* cartesiano. Y esta paulatina autoafirmación va aparejada con la libertad; ella misma es un gesto libertario, y lo es a tal grado que alcanza la dimensión de lo que tiene el carácter de fundacional. En otras palabras, con el inicio del proceso de autoafirmación no solamente se funda la Era Moderna, sino también, a una con ello, la libertad, y con ello por último, el “hombre nuevo” que se entiende y afirma desde entonces de renovada forma.

P 1

Nítidamente podemos reconocer todo lo que resulta de este proceso de autoafirmación, sus logros y conquistas. Ello lo podemos analizar específicamente en distintos ámbitos:

(1.) En la filosofía.

(1.1.) Este proceso tiene su carta de nacimiento en la filosofía y, como decíamos, en el “Cogito ergo sum” cartesiano.

Agreguemos aquí desde ya que Walter Schulz cuestiona esta manera de ver las cosas, atendiendo al hecho de que el tal *cogito* no constituye una primera verdad en el propio Descartes. En esto Descartes seguiría siendo medieval, por cuanto para él la primera y última de las verdades sigue siendo la verdad de Dios: la finitud humana es sólo posible desde la infinitud divina.

No obstante ello, Descartes no pierde su relevancia, cimentada a lo largo de los siglos, de ser el fundador de la modernidad. El punto está en que para Schulz su estampa de fundador se debe no al cogito, sino a que ha sido el primero en atreverse a dudar, más aún, hacer de la duda un método y extenderla al universo entero y a todo lo que el hombre ha creído hasta ahora y tenido por verdadero.

En contraste con ello, el hombre medieval no duda, y está obligado a decir “sí” a Dios, a la vida eterna, al juicio final, al decálogo, a la Iglesia, y si no, se condena.

En la misma línea, y dado que lo propio del hombre moderno es la duda, Jaspers encuentra en la figura de Hamlet, que duda entre “ser o no ser”, el adalid de la modernidad.

La crítica kantiana, en el sentido de un nuevo modo de ejercer el pensar y hacer filosofía, supone de esta forma un ahondamiento en el camino de la duda, abierto por Descartes.

P 2

Siguiendo el mismo derrotero, llegamos a la sospecha y a los que Paul Ricoeur llama “maestros de la sospecha”: Nietzsche, Marx, Freud (a los que se puede agregar Darwin), los cuales no solamente ejercen la duda o la crítica, sino que más encima sospechan (para decirlo con Nietzsche) que todo lo que el hombre ha creído hasta ahora, sus más grandes ideales, conlleva una negación de hombre y mundo.

Tengamos en cuenta que la filosofía y la cultura del siglo XX tiene la marca de fuego del gigantesco desmantelamiento de ideas y creencias emprendido por estos maestros de la sospecha.

Pero, si bien duda, crítica y sospecha antes que actitudes intelectuales, son actitudes vitales e involucran un modo de instalarse en el mundo, constituyen un modo intelectual y racional de hacerlo. Y el predominio de esta instalación racional en el mundo acaba por traducirse en una singular desvirtuación de la razón, a lo que ya Max Weber llamara “razón instrumental”. Esta instrumentalización es una desvirtuación desde el momento que la razón se pone al servicio de poderes fácticos, como la técnica y la economía en sus aplicaciones. Al ser la razón instrumento se pierde su carácter de apertura.

Y como se trata de la historia, la historia moderna aparece como el más descollante proceso de autoafirmación del hombre.

P 3

(1.2.)El giro copernicano kantiano que, en una versión libre, podemos formular sucintamente en el planteamiento de *que no se regule más el sujeto por lo dado en los objetos* (esto es lo propio del realismo), *sino que, al contrario, que sean los objetos los que son regulados por el sujeto* (y esto es lo propio del idealismo).

Este giro, como bien sabemos, plantea un cambio decisivo respecto de la concepción que se tenía del conocimiento y de la aprehensión de la realidad.

Además es con Kant, y a la par con la filosofía inglesa, que se echan las bases de la teoría sujeto-objeto. En este contexto, la primacía del sujeto gnoseológico acarrea una primacía simétrica de la representación. De ahora en adelante cuenta la fórmula “ser es ser representado”, entendida con una menor o mayor radicalidad.

Sin duda, la historia, y en este caso, la historiografía, estará también determinada por el giro copernicano. En este sentido, se toma cada vez conciencia de que los sucesos históricos están fuertemente determinados por la aprehensión que hace de ellos el historiador.

P 4

(1.3.)Así como al interior de la filosofía son pasos decisivos el proceso de autoafirmación del sujeto iniciado por Descartes, el giro copernicano de Kant, los cuales generan la era y el movimiento de la modernidad, así, en tercer lugar, el giro desde una *vita contemplativa* a una *vita activa*, lo que en términos técnicos de un primado de la razón práctica sobre la razón teórica, el cual, si bien, está en ciernes en Kant, viene a ser Fichte el que lo completa.

Esta brusca inversión está propuesta por Fichte en su obra *El destino del hombre*, título que, entre otros, tiene que ver con la inversión misma: el destino es de ahora en adelante un destino práctico, conexo con una justificación de

nuestro ser no más en el pensar, el discurrir, el elucubrar, sino con el hacer, el actuar y el obrar. Para Fichte nuestras representaciones son completamente vacías, si acaso no las llevamos a la práctica, más aún, recién aquí, en su realización, llegan a ser propiamente verdaderas. Si antes el hombre centraba su vida y el sentido de su existencia en la contemplación, como que en ella se revela todo lo que debe importarnos en nuestra estadía en el mundo, desde ahora en adelante, a partir del giro señalado, comienza a importar cada vez más una acción que se autojustifica en sus logros, sus productos y un trabajo que a la larga habrá de cobrar tal fuerza que hoy ya casi se constituye en el sentido de nuestras vidas.

Indudablemente la concepción de Marx del hombre, no como animal racional, sentimental, imaginativo, o lúdico, sino como trabajador viene a reforzar esto mismo.

Y la obra de Fichte - *El destino del hombre* - tiene como sorprendente fecha de publicación 1800, apareciendo de este modo como unas trompetas que anuncian el nuevo siglo de la acción, de la era industrial, del inicio de la más gigantesca transformación de la naturaleza.

P 5

En este giro profundiza Hannah Arendt en su obra, cuyo título ya es decidir al respecto: *Vita activa*, en la que uno de los temas relevantes es el trabajo, distinguiéndose a propósito de ello tres niveles: el trabajar propiamente tal (arbeiten), el producir (herstellen) y el actuar (handeln). El trabajo es entendido como una actividad física; la producción incorpora lo que es de orden técnico, la máquina; y la acción se entiende como inspirada desde el plano de las ideas. (En esta concepción de la acción se advierte la influencia del que fuera su maestro y amigo – Karl Jaspers -).

Esta distinción nos permite advertir cómo en este salto de una vida contemplativa a una vida activa y consiguiente ingreso en un mundo laboral, la acción pasa a ser desvirtuada como mero trabajo físico y producción (así como se ha desvirtuado la razón en razón instrumental). Falta aquí la realización de un trabajo que tiene su orientación en la acción, inspirada en ideas e ideales.

P 6

Dentro del Ciclo “Filosofía de la historia” continuamos el próximo martes a las 8 y media de la mañana con el tema “El hombre como hacedor de mundo”.

“La fiesta del pensamiento”
Realización: Cristóbal Holzapfel
Programa No. 320 para la Radio de la Universidad de Chile
Ciclo: Filosofía de la historia 3
Capítulo: El hombre como hacedor de mundo
Audición: martes 28 de mayo del 2002 a las 8,30 AM hrs.

Si el hombre “hace historia”, y ante todo precisamente en el sentido literal de “hacer historia”, esto es, en cuanto a que la historia es “hecha” por él mismo, éste es un fenómeno sobre todo moderno. Y ello lo decimos sobre la base de la comprensión de la modernidad, que ya hemos examinado, como un proceso de autoafirmación del hombre.

Con ayuda de Walter Schulz, hemos visto como hay otras maneras de entender la historia: con Heródoto al modo de una historia predeterminada por el destino; con el cristianismo, en cuanto a una historia también predeterminada con su trazado temporal desde la venida de Cristo al mundo hasta el Juicio Final.

No se trata tal vez de sostener de manera extrema que lo que haya vivido en el hombre medieval, bajo la orientación de la *vita cristiana* no sea historia, o el griego al encontrar en el destino la explicación de los hechos y de los grandes sucesos. A lo más cabría decir que la historia la entendemos hoy como una historia hecha por el hombre.

P 1

Mas, corresponde aquí destacar que, con todo lo evidente e incuestionable que veamos este modo de entender lo histórico, sin embargo, a partir de Martin Heidegger podemos poner esto en entredicho. También en este punto se advierte el peso y relevancia de su pensamiento del ser, su ontocentrismo, su pensamiento centrado en el ser.

Por de pronto el hombre mismo es comprendido desde el horizonte del ser. El Heidegger de su obra mayor *Ser y tiempo* opta por no hablar ni siquiera de hombre o ser humano, porque entiende al hombre como ‘Da-sein’, esto es, como siendo un “ahí”, un espacio, en el que se puede revelar el ser, tanto el ser de la plenitud, como el ser de cada cosa o fenómeno: el ser de la nube, del pez, de la máquina, de un guacamayo o de nosotros mismos.

Este término ‘Da-sein’, el último traductor de *Ser y tiempo*, el filósofo chileno Jorge Eduardo Rivera, ha optado por no traducirlo. El español José Gaos, en cambio, en la primera traducción a una lengua extranjera que se hiciera de *Ser y tiempo*, aparecido éste en 1927, opta por traducir el mentado término de manera artificial como “ser-ahí”.

Esto quiere decir que el hombre es el espacio iluminado por el ser, donde éste se puede revelar. Si avistamos el alcance de esto, ello quiere decir que desde el posible *big-bang* hasta una obra de arte o la rompiente del mar, todo ello se puede revelar en un espacio, en un claro o claridad (Lichtung) que somos precisamente nosotros.

P 2

Ya a partir de ello reconocemos que lo que sea el hombre debe entenderse como esta apertura del ser, y sucede que se cumple que lo que nos caracteriza es no solamente esta revelación del ser en nuestro “ahí”, sino que al mismo tiempo, lo que sea el ser mismo, como el ser de cada cosa, supongamos un lago o la persona que recién venimos conociendo “nos va”, a

saber, nos inquieta, nos preocupa, como también nos puede resultar indiferente.

Vistas las cosas de este modo, si hay historia de la humanidad, de este “ser-ahí” que somos, es porque, antes que ello, hay una historia del ser, que corresponde a la historia de sus revelaciones.

Y cuando decimos aquí el ser, nos referimos a la plenitud de cuanto decimos que es, desde un árbol, hasta una ley científica, un número y una obra de arte. Cada uno de estos “fenómenos” tiene un modo de ser peculiar, que distintas disciplinas y ciencias se encargan de dilucidar. La cuestión es la que intuyeron los griegos: que, si decimos de todo aquello que es, ¿qué es entonces el ser mismo?

P 3

Ahora bien, entre muchos sentidos del ser, Heidegger lo concibe también como destino, y ello en cuanto se le destina a este ser-ahí, al hombre de distintas formas. Y así podemos observar como, apoyándonos en una de sus obras – *La pregunta por la técnica* –, sucede que él se habría revelado en el mundo antiguo como *physis*, vale decir, como lo físico que *brota desde sí mismo*, como puede ser una planta, un volcán, el planeta Tierra o nosotros mismos. Luego se habría revelado en una relación creador-creatura, como que todo es visto precisamente como creatura de un creador divino. Luego, y esto es lo que atañe a la modernidad, se habría revelado en una relación sujeto-objeto, vale decir, que el ser se muestra siempre al modo de un objeto para el sujeto humano que se pregunta por él e intenta definirlo. Finalmente, y esto sería lo propio de nuestra época: el ser se revelaría en la actualidad como “lo dis-puesto”, lo listo para ser utilizado, explotado, consumido, a lo que el pensador llama ‘Ge-stell’. Esto significa que en nuestra Era, caracterizada por él como la “Era de la técnica”, el ser, y entiéndase, el ser de cada cosa, incluyendo en esto al hombre mismo, se revela en su explotabilidad, y uncionalidad.

Ahora bien, en este destinarse del ser al hombre, así como hay un revelarse del ser en distintas formas, hay, junto con ello, una historia del ser, la historia precisamente de estas revelaciones, y depende en cada caso del hombre ponerse en correspondencia con ellas. Esto quiere decir que la revelación se completa en cada caso con la correspondencia.

P 4

Y porque hay este diferenciado destinarse del ser al hombre, ésta es justamente su historia.

Advertimos con ello pues, y de acuerdo con este ontocentrismo, que no es que el hombre sea simplemente el que conduce el carro de la historia, sino que, antes bien, él está arrojado en el destino del ser, y depende de él, a cada momento, ponerse en consonancia con ese destino.

Heidegger está pensando pues la historia desde el ser, como que tras el acontecer histórico, que vivimos normalmente, se manifiesta, por ejemplo, *lo naciente*, que hay no solamente en la naturaleza, sino en el hombre griego, en la formación de la polis, y demás, y esto naciente es el ser mismo que se está revelando. Y, habría que agregar, no solamente revelando, sino además determinando el ser de todas las cosas naturales y humanas como *physis*, *lo que brota desde sí mismo*.

Lo mismo se cumple en cada una de las siguientes épocas de la relación creador-creatura, sujeto-objeto y lo dispuesto. Referente a esta última

revelación, podemos decir que lo que hay tras el sucederse histórico de la humanidad en nuestro tiempo, se manifiesta y determina cuanto hay este ser de lo cuantificable, de lo explotable, La serie de sucesos históricos transcurre sobre ese telón de fondo. Hay algo en común entre la publicidad, los concursos de Miss Universo, el modo como se conducen los políticos, la comercialización del arte, la así llamada “industria del cine”, los contratos de seguros y la bolsa de comercio: esto común es justamente el ser que se revela hoy como lo dispuesto.

P 5

En congruencia con ello, el hombre, si es que es histórico y hay una historia de la humanidad, es porque hay un modo de ser correspondiente y anterior que lo determina: la historicidad. Ella debe entenderse en relación con el nacimiento, en cuanto que nuestro modo de ser histórico es el del gestarse. En *Ser y tiempo* leemos que porque nos determina el gestarse, es que pueden haber “gestas” en el plano de la historia.

Sin duda, hay en esto también una poderosa intuición: que lo que va motivando los acontecimientos históricos, son las gestas y éstas son únicamente posibles sobre la base de un modo de ser del hombre: el del gestarse. Éste alude a cierto secreto vínculo que tenemos con nuestro nacimiento, que, por lo mismo, no es que hayamos dejado atrás como algo que ocurrió de una vez y no más; no, al contrario, seguimos naciendo y renaciendo, en particular cuando torcemos el rumbo de nuestras vidas y lo mismo en la historia de la humanidad.

Lo dicho se vincula a su vez con el modo como Heidegger concibe el tiempo, en cuanto a que si hay en el hombre una relación con él y sus dimensiones de pasado, presente y futuro, es porque, antes, estamos determinados por la temporalidad. Por ejemplo, si existimos en la Era de la técnica en cierta vorágine, es que ésta es justamente nuestra temporalidad, tan distinta de lo propio de la serenidad.

Y así también, nuestro vínculo con *lo sido* no es, así como en lo relativo a nuestro nacimiento, con algo que simplemente pasó, sino con lo que ha sido, pero que sigue siendo.

P 6

Dentro del Ciclo “Filosofía de la historia” continuamos el próximo martes a las 8 y media de la mañana con el tema “El hombre como hacedor de mundo”.

“La fiesta del pensamiento”
Realización: Cristóbal Holzapfel
Programa No. 321 para la Radio de la Universidad de Chile
Ciclo: Filosofía de la historia 4
Capítulo: El hombre como hacedor de mundo
Audición: martes 4 de junio de 2002 a las 8,30 AM hrs.

En la última oportunidad veíamos como si decimos que el hombre es el que lleva adelante el carro de la historia, desde el pensamiento heideggeriano habría que decir que ello es únicamente posible porque el hombre es, antes bien, parte del destino del ser, de cómo se le va revelando epocalmente el ser de la plenitud.

Decíamos que por ejemplo, en el medioevo el ser se le habría revelado al hombre en una relación creador-creatura, como que en aquella época todo lo que es, las cosas naturales, pero también todo lo que es obra humana, como las ciudades, se revela desde lo alto como obra divina.

En nuestra época, llamada por Heidegger “Era de la técnica”, en cambio, el ser se revelaría como “lo dispuesto”, en tanto lo listo para ser explotado y consumido. Se trata del mundo convertido en una estación de servicio, como que todo – ríos, animales, plantas, montañas, océanos – está ahí como recurso, como materia prima, y aún el propio hombre comienza a verse a sí mismo con el mismo rasero.

Y lo que decimos aquí no es algo que podamos ver simplemente como una especie de ritmo de fondo de la historia, a saber como que al fin y al cabo el hombre existe en el universo y al hacer historia el universo, la naturaleza, el entorno y sus condiciones favorables o desfavorables inciden en lo que el hombre puede hacer y lo que no puede hacer. No, hay mucho más en lo que nos está planteando Heidegger, y ello es que el ser de todas las cosas en cada época histórica se le revela al hombre de una manera singular, como en la nuestra al modo de la disposición de todas las cosas, y ello indudablemente que determina el acontecer histórico y concreto y cotidiano de lo que hacemos o dejamos de hacer. En otras palabras, tras distintas figuras características de nuestro tiempo como por ejemplo: el imperio del economicismo, la pornografía, la guerra sin enfrentamiento cuerpo a cuerpo, los centros de consumo y esparcimiento organizados en *mall*, la uniformización de la arquitectura y de la vivienda en inmensas poblaciones, está la determinación de la disposición.

P 1

Y es precisamente en la historia, en la concatenación de los sucesos históricos, llena de sorpresas y sobresaltos, en donde mejor podemos constatar la condición de *proyección yecta* del ser humano, es decir, una proyección tal que está siempre arrojada y arrojándose en el mundo.

Lo cierto es que nunca vemos simplemente al humano como el ejecutor soberano del acontecer histórico, como dirigiendo los hechos, sino, por el contrario lo vemos como inmerso en un conjunto abigarrado de determinaciones, condiciones y limitaciones. En una palabra, en la historia descolla la finitud humana.

Pues bien, esta proyección yecta histórica es ilimitable por una doble razón: por una parte, porque mientras existimos, entre el nacimiento y la muerte, nos estamos proyectando, y, por otra parte, porque lo proyectado, que

pueden ser teorías, códigos morales, o incluso credos, nunca es último, definitivo y absoluto.

Mas, planteado esto así, nos damos cuenta de inmediato que, contrariamente a asumirse el hombre como proyección ilimitable, está reiteradamente pretendiendo que lo que proyecta es definitivo, y ello particularmente en el terreno de lo valórico, trátase de la moral o de la religión. Sin embargo, el devenir histórico nos muestra que ello al fin y al cabo es una pretensión: que aun aquello que parece lo más perdurable, como que los valores que nos rigen deban ser tales y tales y que lo divino tenga que ser concebido de tal y tal forma, al final se revela como provisorio, aunque ésta sea quizás una provisionalidad de milenios.

Y esta pretensión del carácter definitivo de nuestra proyección, más precisamente, de ciertas proyecciones en particular, es tan fuerte y está tan arraigada en el ser humano que merece un nombre aparte: ésta es la proyección limitada. Esto quiere decir que el hombre es tanto proyección ilimitable como proyección limitada.

Es más, podemos reconocer que hay un permanente enfrentamiento entre proyección ilimitable y proyección limitada, y resulta que lo esencial del hombre es ser proyección ilimitable. Pero ocurre que eso, lo más esencial, puede ser algo de lo que nos apartamos y de hecho lo hacemos. En este sentido, aquello esencial constituye un desafío. No se trata pues de que ni más ni menos somos proyección ilimitable, sino que tenemos que asumirnos como tales y de esta forma ello es un desafío.

Y habría que añadir todavía que es esperable que en el terreno valórico el hombre procure una proyección no solamente duradera, sino incluso definitiva, y es por ello que en este terreno tiene cierta justificación la proyección limitada.

P 2

Las anteriores consideraciones se pueden entender adecuadamente sobre la base de que la proyección ilimitable, que somos, se explyea en unas, así llamadas, *programaciones* – técnica, ciencia, arte, política, economía, derecho, moral, religión y filosofía – que *hacen* el mundo. El mundo es, de este modo, el fruto permanentemente de la acción y realización de estas programaciones.

Como primera cuestión, corresponde hacer ver que cada una de las llamadas programaciones son, así como la proyección ilimitable de la que provienen, también de carácter ilimitable. Por ejemplo, la programación técnica supone de antemano que el hombre jamás será capaz de producir un artefacto, una máquina que cumpla con las exigencias de toda perfección imaginable. Esto lo observamos en lo técnico en distintos campos en los que se pone en juego la capacidad inventiva humana: así en la aviación, en la computación, en la utilización de la energía, y otros. Podemos sostener de antemano que no se logrará un avión, un cohete espacial, un computador, una central energética que satisfaga toda expectativa de perfección acabada y absoluta.

Lo mismo cabe reconocer en ámbitos como el de la economía, del derecho, y otros, en los que constatamos que no hay en principio algo así como un estado económico o jurídico absolutamente perfecto que pudiéramos verdaderamente realizar.

Y como decíamos que al hombre lo caracteriza una tensión entre proyección ilimitable y proyección limitada, ello tiene su correlato en las programaciones.

Es en las programaciones del arte y de la técnica en las que el hombre se realiza más plenamente como proyección ilimitable, mientras que en lo ético y lo religioso, debido a que es esperable que lo proyectado sea suficientemente duradero, aquí encuentra por ello mismo la proyección limitada un terreno fecundo. Lo proyectado en lo ético y religioso se propone como definitivo, y ello es entendible desde el momento que el hombre en este terreno valórico no puede darse el lujo de estar cambiando sus parámetros.

P 3

Debido a lo anterior, puede llamar la atención el supuesto carácter proyectivo y programático propio de lo ético y de lo religioso.

En ambos casos se trata de una comprensión contemporánea de ellas. Esto quiere decir concretamente en cuanto a la ética que ésta está concebida en términos autonómicos, como que es el hombre mismo el que se da una normativa moral a la que está dispuesto a ceñirse.

En cuanto a lo religioso la cuestión es más compleja y cabría decir que lo proyectivo que hay en la religión está reflejado en el ritual, por ejemplo en el cristianismo, en la misa, en tanto las prácticas que se realizan para acercarse a lo divino y estar en comunicación con ello.

Mas, hay que hacer notar que atendiendo a lo decisivo de la religión, esto es, la revelación misma de lo divino, el único modo en que ello puede suceder es a partir de una deposición de nuestra condición proyectante. En otras palabras, lo divino únicamente puede revelarse si nos entregamos a oirlo.

A través de lo propio de la programación religiosa del mundo se nos muestra algo decisivo, cual es que las experiencias radicales del hombre consisten en un poner en suspenso nuestra condición proyectante.

Volviendo a Heidegger, podríamos decir que en esas experiencias radicales que se dan en la religión, en el arte, en la filosofía, lo que se hace valer es nuestro estar yectos, arrojados en el mundo, en el ser.

De este modo, esto es lo que significa asumirnos cabalmente como una proyección yecta.

P 4

Dentro del Ciclo "Filosofía de la historia" continuamos el próximo martes a las 8 y media de la mañana con el tema "El hombre como hacedor de mundo".

“La fiesta del pensamiento”
Realización: Cristóbal Holzapfel
Programa No. 322 para la Radio de la Universidad de Chile
Ciclo: Filosofía de la historia 5
Capítulo: El hombre como hacedor de mundo
Audición: martes 11 de junio de 2002 a las 8,30 AM hrs.

Dentro de nuestro Ciclo sobre “Filosofía de la historia” hemos estado analizando el proceso de gestación de la historia con apoyo en el pensamiento de Martin Heidegger. Sobre esta base se trata de reconocer que si el hombre *hace* la historia, es porque de antemano está inmerso en la historia del ser. Hemos dicho además que también en lo referente a lo histórico se advierten los alcances de la concepción heideggeriana del hombre como una “proyección yecta”, vale decir, siendo el hombre proyección, poder-ser, esta proyección está arrojada en el mundo, en el ser.

Ello se presenta dentro del marco de una concepción ontocéntrica de la historia, esto es, una concepción centrada en el ser. A modo de hacer claramente visible esto, hoy por hoy en la Era de la Técnica las cosas, el entorno y hasta el hombre mismo se muestran en la figura de la disposición, como lo dispuesto para ser utilizado, aprovechado, explotado. Pues bien, la concepción ontocéntrica de la historia nos hace ver que esto no depende sin más del hombre, sino del ser. En cada fase histórico somos en cierto modo apoderados por una determinada revelación del ser de la plenitud, así en el medioevo el ser se reveló particularmente en una relación creador-creatura, y en la modernidad en una relación sujeto-objeto, en el sentido de que todo está para el sujeto humano que lo percibe, y que también puede hacer uso para su propio beneficio de aquello.

P 1

Desde esta perspectiva, a continuación hemos dicho de que el hombre es una *proyección yecta* gestora del mundo, pero ilimitable, porque, en primer lugar, mientras existimos entre el nacimiento y la muerte, proyectamos nuestro ser; y, en segundo lugar, porque lo que proyectamos, lo proyectado, nunca es definitivo, último y absoluto. Y esta proyección ilimitable que somos se expresa más ampliamente a través de unas así llamadas *programaciones*: arte, técnica, ciencia, política, moral, economía, derecho, religión y filosofía, que son las que están más directamente encargadas de hacer el mundo.

Relativamente a esto conviene señalar que es propio del hombre moderno que haya una tal diversidad de programaciones y, lo que es más importante, que ellas se hayan hasta cierto punto *adueñado* de la proyección de mundo. Esto que decimos aquí no es de poca monta desde el momento en que advertimos que con ello se privilegia un *complejo* hacer el mundo, precisamente a partir de programaciones cada una altamente compleja en sí misma, postergándose con ello la sencillez. Para tener suficientemente en claro lo que estamos diciendo, se trata de que el mundo es proyectado principalmente por el científico o el economista, pero en la proyección de mundo la señora que va a comprar pan en el almacén de la vuelta de la esquina prácticamente no tiene ninguna incidencia. Y, claro está, con el desarrollo el mundo se ha ido complejizando cada vez más, hasta un punto tal que las decisivas claves que puedan haber en lo simple y lo sencillo tienden a perderse y olvidarse completamente.

Y se trata además de que las señaladas programaciones desde están en un enfrentamiento entre sí, en cuanto a la que sea la que dirija la proyección de mundo. De este modo, podemos reconocer como hoy el mundo está dirigido especialmente por una programación científica, técnica y económica, siendo ellas de tal poder que tienden a imponer sus criterios y su modo peculiar de pensar sobre todas las otras.

Pero esto no ha sido siempre así: tengamos en cuenta, por ejemplo, que en el mundo occidental en el medioevo fue la programación religiosa la que señalaba el rumbo del mundo.

P 2

A su vez, cada programación incluye en su seno distintas (que podemos llamar) *perspectivas*. Por ejemplo, dentro de la programación política distintas ideologías, o dentro de la programación religiosa distintos credos. Al mismo tiempo se cumple que en cada de esas perspectivas hay *sub-perspectivas*, por ejemplo, en una ideología política, distintos modos de enfocarlas.

Pues bien, si hay, como decíamos, un enfrentamiento entre las distintas programaciones en torno a la dirección y orientación del mundo, lo hay antes en cada programación en particular y entre sus distintas perspectivas, como además al interior de cada perspectiva se enfrentan distintas sub-perspectivas.

Lo que resulta de todo ello es siempre el mundo que hacemos y rehacemos a cada instante.

Por ejemplo, observemos como en el último tiempo sobre la base de la dirección científico-técnica y económica del mundo de pronto irrumpe la programación religiosa del credo musulmán sobre occidente provocando serios trastornos. Y, a su vez, dentro de la religión mahometana, en cuanto a sus distintas perspectivas que se debaten al interior de ella, se entabla una discusión sobre si la guerra santa, la *Jihad* tendría o no una justificación en cuanto a su actual puesta en marcha.

Y otro ejemplo: frente a la programación científico-técnica y económica del mundo que se traduce hoy en lo que conocemos como globalización se plantean inquietantes preguntas desde la programación ética, y ello sobre todo por la destrucción medio-ambiental inevitablemente asociada a esa globalización, como por lo que afecta al hombre al poner en peligro la diversidad de las culturas.

P 3

Mundo es de este modo lo que resulta del hombre, de su proyección ilimitable y en particular de las programaciones en que se expresa esa proyección.

Y así como hemos visto que frente a la proyección ilimitable, que esencialmente somos, nos podemos apartar de ella y comportarnos según una proyección limitada, pretendiendo que lo que proyectamos – definiciones, un determinado modo de concebir los credos o los valores – es definitivo, así se da esto correlativamente en ciertas programaciones, como sucede especialmente en la moral y la religión. En cada programación interactúan pues proyección ilimitable y proyección limitada, y nótese que la acción de la proyección limitada en una programación no es gratuita y deja sus secuelas: así el hombre se enrigedece en ciertos momentos históricos en determinadas concepciones, y, más que eso, definiciones de determinados valores, como la paz. Ello se deja ver en el hecho de que define de manera cerrada la paz como *paz armada*, sin que se advierta esa cerrazón. De ella nos damos cuenta recién

desde el momento que tomamos conciencia de que en nuestras relaciones interpersonales normalmente nos apoyamos en una idea de paz como confianza y entendimiento, y, sin embargo, no somos capaces de organizar las relaciones internacionales con el mismo criterio y actitud.

Nuestra tendencia a estar más en la cercanía de nuestra esencia, siendo y asumiéndonos como proyección ilimitable, o bien de apartarnos de ella, siendo y comportándonos como proyección limitada, se refleja en la relación entre proyectante y proyectado que se da en la proyección. Por ejemplo, en el arte hay una amplia libertad respecto de lo proyectado – la obra -; sobre todo el arte contemporáneo caracterizado por la vanguardia y la ruptura de cánones estéticos; y esto significa que en este caso la proyección ilimitable está muy cercana al arte. En la moral, en cambio, lo proyectado son valores, normas y principios con los que nos ata un fuerte compromiso, y, en este sentido, lo proyectado tiene aquí la preferencia. En cierto modo, en lo moral, el proyectante, el hombre, está completamente enderezado hacia lo proyectado, en cuanto a que ello sea lo más duradero, para lo cual requiere de una atención, un cuidado y una custodia permanente.

De esta manera se explica también por qué la proyección ilimitable está en una mayor cercanía a algunas programaciones, y por la contraparte, la proyección limitada se adecua a algunas otras.

P 4

Si nuestro tema es la historia, nos podemos preguntar cómo así no es ella una de las programaciones gestoras del mundo, y la respuesta está en que justamente porque las atraviesa a todas, es decir, que lo histórico determina al arte, la técnica, la religión, y otros, por lo mismo no puede ser una programación más. Algo similar cabe decir respecto de la educación. Ella no es una programación porque las inficiona a todas, porque ella tiene lugar en la filosofía, la política, y demás. Y, por último, lo mismo cabe respecto de la comunicación.

Mas, volviendo sobre la historia, lo anterior quiere decir que la historia es la historia del mundo, que en todo momento y siempre es el fruto de la proyección ilimitable. Y la cuestión es entonces que resultando el mundo de la proyección ilimitable, él se mantiene con límites abiertos, mientras que en la medida en que él resulta de una proyección limitada, sus límites tienden a cerrarse.

P 5

Dentro del Ciclo “Filosofía de la historia” continuamos el próximo martes a las 8 y media de la mañana con el tema “De cómo escribimos la historia según Nietzsche”.